

¿Teoría económica para el pasado o para el futuro?

Salvador Osvaldo Brand

1. La obsolescencia de la teoría económica actual

Hace casi 60 años, 1936 para ser exactos, J.M. Keynes inspiró lo que pomposamente se llamó la “revolución Keynesiana”, dando a entender así que el mundo anglo-sajón había encontrado nuevas soluciones económicas mediante una nueva teoría cuya base era una intervención moderna del Estado en aquellas actividades factibles de proveer más empleo, a la vez que para reforzar los pilares carcomidos de la estructura económica capitalista.

Los economistas soviéticos —sin tener un baluarte individual como el Keynesiano— también hicieron grandes esfuerzos por brindar nuevos enfoques basados en los aportes marxistas-leninistas sobre la socialización de los medios de producción para beneficio de las mayorías de una sociedad.

Hoy en 1993 podemos evaluar que durante el presente siglo, aún con esos esfuerzos, la economía política como ciencia, para ser sinceros, no ha tenido mayor enriquecimiento.

Y ahora es simple reconocer la causa de este hecho, que obedece fundamentalmente a que en todos los países se repiten las mismas teorías obsoletas aprendidas con el dogmatismo que exigen los textos y que difunden en mala hora los profesores universitarios.

Trabajo de incorporación al Ateneo de El Salvador, julio de 1993.

Aún entre nosotros, los economistas hispanoamericanos, grupo de donde han emergido teóricos muy destacados como Celso Furtado, Alonso Aguilar, José Consuegra, Raúl Prebisch, Maza Zavala, Oreste Popescu y otros grandes que han luchado por profundizar, mediante esquemas propios, la investigación continental de las verdaderas causas del subdesarrollo, aún con eso, decía, se ha avanzado poco por el arraigo de nuestra formación.

Pareciera ser que desde los tiempos de la economía política clásica europea, rusa y norteamericana, la economía ha progresado muy poco, y me refiero al aspecto científico, no al aspecto empírico de las políticas económicas.

Esto también ha sido resultado de que nuestra formación ha estado viviendo al pasado, creyendo que nuestro futuro sólo será una extensión del ayer, siguiendo una línea recta de nuestro presente.

Condicionados a pensar en línea recta, a los economistas nos resulta muy difícil imaginar alternativas al socialismo y al capitalismo. Nacidos y viendo en la penuria, como es la situación actual, acostumbrados a pensar en términos de recursos limitados, apenas si podemos concebir una sociedad en la que el único objetivo es satisfacer las necesidades materiales básicas del hombre.

Pero el entorno continental y mundial es muy diferente del vigente hace 50 años, que obliga a cambiar de pensamiento. En el último decenio del siglo, América Latina se enfrenta a la doble tarea de recuperar el crecimiento económico y mejorar las condiciones de sus habitantes. Después de los años trágicos de la década de los ochenta, caracterizada por el estancamiento socioeconómico, los esfuerzos de la región tendrán lugar en el marco de un orden global "fracturado", donde coexisten procesos de globalización comercial, financiera, política, tecnológica, cultural y ambiental con profundas y crecientes divisiones entre los países y los grupos sociales que los constituyen.

El escenario político internacional también está cambiando de manera vertiginosa. Estamos en transición hacia un mundo pos-bipolar en el que las diferencias entre Este y Oeste ya no cuentan como antes. Luego de siete decenios, el fracaso del experimento económico y político de la Unión Soviética ha vuelto irrelevante la lucha entre las superpotencias por difundir su modelo de organización social. La caída del muro de Berlín, la reunificación alemana, las reformas democráticas y la introducción de la economía de mercado en Europa Oriental, marcan el fin de la guerra fría y el inicio de una nueva era en la política internacional.

El Estado-nación ha perdido capacidad para controlar fenómenos y

sucesos (financieros, comerciales, tecnológicos, ambientales) que trascienden fronteras. Además, cuando en un país coexisten diversos grupos étnicos o religiosos, la preservación y afirmación de sus propias identidades está generando presiones separatistas y disgregadoras. Sin embargo, cuesta aceptar que el Estado-nación esté dejando de ser el punto focal para el ejercicio del poder y la toma de decisiones.

La economía mundial se ha transformado tan radicalmente en tres decenios, que sería irreconocible para quien la viera desde la perspectiva de los años cincuenta. La globalización de los mercados financieros ha creado una red de transacciones de todo tipo —movimientos masivos y rápidos de capital, especulación en mercado múltiples, inversiones en una apabullante variedad de instrumentos financieros— que han adquirido vida propia y se han desvinculado de la producción y distribución de bienes y servicios.

Este conjunto de transformaciones, cuya magnitud y simultaneidad no tiene antelación, hace que la situación presente sea muy distinta de la de años atrás. La concepción del mundo que tiene la generación actual de políticos, profesionales, gerentes, científicos, dirigentes laborales y líderes comunitarios, se forjó durante los últimos 25 años y su acervo de conceptos, experiencias y valores parece cada vez más inadecuado e insuficiente para entender la cambiante realidad en el umbral de un nuevo siglo y actuar sobre ella con eficacia.

Mientras tanto, seguimos aferrados a la imagen que nos exhiben las economías desarrolladas y aspiramos a alcanzarlas como meta.

La realidad de los países desarrollados, que en otro tiempo pareció tan poderosa, resulta ahora haber sido útil para ellos pero no para países como el nuestro.

Es más, desde finales de los años cuarenta, la estrategia dominante que ha gobernado los esfuerzos encaminados a reducir el abismo existente entre los ricos y pobres del mundo ha sido la industrialización.

Esta estrategia parte de la premisa de que las sociedades industriales son la culminación del progreso evolutivo y que para resolver sus problemas, todas las sociedades deben repetir la revolución industrial, tal como se desarrolló en Occidente, la URSS o el Japón. El progreso consiste en desplazar a millones de personas de la agricultura a la producción en serie. Requiere urbanización, infraestructura, bajar el crecimiento de la población, incrementar los servicios, etc. En resumen, la expectativa del desarrollo implica la imitación fiel de un modelo que se ha creído eficaz.

Aún entre nosotros, los economistas hispanoamericanos, grupo de donde han emergido teóricos muy destacados como Celso Furtado, Alonso Aguilar, José Consuegra, Raúl Prebisch, Maza Zavala, Oreste Popescu y otros grandes que han luchado por profundizar, mediante esquemas propios, la investigación continental de las verdaderas causas del subdesarrollo, aún con eso, decía, se ha avanzado poco por el arraigo de nuestra formación.

Pareciera ser que desde los tiempos de la economía política clásica europea, rusa y norteamericana, la economía ha progresado muy poco, y me refiero al aspecto científico, no al aspecto empírico de las políticas económicas.

Esto también ha sido resultado de que nuestra formación ha estado viviendo al pasado, creyendo que nuestro futuro sólo será una extensión del ayer, siguiendo una línea recta de nuestro presente.

Condicionados a pensar en línea recta, a los economistas nos resulta muy difícil imaginar alternativas al socialismo y al capitalismo. Nacidos y viendo en la penuria, como es la situación actual, acostumbrados a pensar en términos de recursos limitados, apenas si podemos concebir una sociedad en la que el único objetivo es satisfacer las necesidades materiales básicas del hombre.

Pero el entorno continental y mundial es muy diferente del vigente hace 50 años, que obliga a cambiar de pensamiento. En el último decenio del siglo, América Latina se enfrenta a la doble tarea de recuperar el crecimiento económico y mejorar las condiciones de sus habitantes. Después de los años trágicos de la década de los ochenta, caracterizada por el estancamiento socioeconómico, los esfuerzos de la región tendrán lugar en el marco de un orden global "fracturado", donde coexisten procesos de globalización comercial, financiera, política, tecnológica, cultural y ambiental con profundas y crecientes divisiones entre los países y los grupos sociales que los constituyen.

El escenario político internacional también está cambiando de manera vertiginosa. Estamos en transición hacia un mundo pos-bipolar en el que las diferencias entre Este y Oeste ya no cuentan como antes. Luego de siete decenios, el fracaso del experimento económico y político de la Unión Soviética ha vuelto irrelevante la lucha entre las superpotencias por difundir su modelo de organización social. La caída del muro de Berlín, la reunificación alemana, las reformas democráticas y la introducción de la economía de mercado en Europa Oriental, marcan el fin de la guerra fría y el inicio de una nueva era en la política internacional.

El Estado-nación ha perdido capacidad para controlar fenómenos y

sucesos (financieros, comerciales, tecnológicos, ambientales) que trascienden fronteras. Además, cuando en un país coexisten diversos grupos étnicos o religiosos, la preservación y afirmación de sus propias identidades está generando presiones separatistas y disgregadoras. Sin embargo, cuesta aceptar que el Estado-nación esté dejando de ser el punto focal para el ejercicio del poder y la toma de decisiones.

La economía mundial se ha transformado tan radicalmente en tres decenios, que sería irreconocible para quien la viera desde la perspectiva de los años cincuenta. La globalización de los mercados financieros ha creado una red de transacciones de todo tipo —movimientos masivos y rápidos de capital, especulación en mercado múltiples, inversiones en una apabullante variedad de instrumentos financieros— que han adquirido vida propia y se han desvinculado de la producción y distribución de bienes y servicios.

Este conjunto de transformaciones, cuya magnitud y simultaneidad no tiene antelación, hace que la situación presente sea muy distinta de la de años atrás. La concepción del mundo que tiene la generación actual de políticos, profesionales, gerentes, científicos, dirigentes laborales y líderes comunitarios, se forjó durante los últimos 25 años y su acervo de conceptos, experiencias y valores parece cada vez más inadecuado e insuficiente para entender la cambiante realidad en el umbral de un nuevo siglo y actuar sobre ella con eficacia.

Mientras tanto, seguimos aferrados a la imagen que nos exhiben las economías desarrolladas y aspiramos a alcanzarlas como meta.

La realidad de los países desarrollados, que en otro tiempo pareció tan poderosa, resulta ahora haber sido útil para ellos pero no para países como el nuestro.

Es más, desde finales de los años cuarenta, la estrategia dominante que ha gobernado los esfuerzos encaminados a reducir el abismo existente entre los ricos y pobres del mundo ha sido la industrialización.

Esta estrategia parte de la premisa de que las sociedades industriales son la culminación del progreso evolutivo y que para resolver sus problemas, todas las sociedades deben repetir la revolución industrial, tal como se desarrolló en Occidente, la URSS o el Japón. El progreso consiste en desplazar a millones de personas de la agricultura a la producción en serie. Requiere urbanización, infraestructura, bajar el crecimiento de la población, incrementar los servicios, etc. En resumen, la expectativa del desarrollo implica la imitación fiel de un modelo que se ha creído eficaz.

Muchos gobiernos, incluidos los nuestros, han intentado aplicar esa estrategia. Unos pocos como Corea del Sur o Taiwan, parecen estar consiguiendo crear una sociedad industrializada, pero la mayor parte de tales esfuerzos han concluido en frustración. En un país tras otro esta sucesión de fracasos se ha achacado a una desconcertante multiplicidad de razones: por el neocolonialismo, la mala planificación, la corrupción, religiones retrógradas, tribalismo, crecimiento de la población, las transnacionales, la CIA, ir demasiado despacio, ir muy aprisa... en fin, cualesquiera que sean las razones, subsiste el hecho de que la búsqueda del progreso conforme el modelo de la industrialización, ha naufragado muchas más veces que la que ha triunfado.

¿Es la industrialización clásica el único camino al progreso? ¿Tiene sentido imitar este modelo de la fase en que la propia civilización industrial se debate en sus agonías postreras?

Mientras las naciones desarrolladas se mantuvieron "triumfales" — estables y en progresivo enriquecimiento— fue fácil considerarlas como modelo para el resto del mundo. Pero a finales de la década del 60 había estallado ya la crisis del industrialismo.

A partir de ahí, huelgas, déficit fiscales, quiebras, crímenes, drogas y turbación psicológica se extendieron por todo el mundo. Se desmoronaron escalas de valores y estructuras. Se rompieron el sistema energético y la familia nuclear. La contaminación, corrupción, inflación, alienación, racismo, burocratismo, consumismo desbocado, laceraron al sistema económico. Los economistas advirtieron sobre la posibilidad de un colapso total del sistema financiero.

Mientras tanto, un movimiento ecologista mundial advertía que la contaminación, la energía y la limitación de los recursos podrían imposibilitar a las naciones industriales a continuar sus operaciones normales. Además, aún en el supuesto de que la industrialización diera resultados milagrosos en las regiones pobres convertiría al planeta en una gigantesca fábrica y ocasionaría una catástrofe ecológica.

Ante las presiones de las demandas enfurecidas de los países pobres al exigir una revisión total de la economía mundial y profundamente preocupadas por su propio futuro, las naciones ricas empezaron a diseñar a mediados de la década del 70 una nueva estrategia para las zonas subdesarrolladas.

Casi de la noche a la mañana muchos gobiernos, agencias de desarrollo, incluidos el Banco Mundial, la AID y el BID, cambiaron a lo que puede llamarse una técnica para desarrollar la agricultura.

Esta fórmula es casi una copia invertida de la estrategia de industrialización. En vez de estrujar a los campesinos y forzarlos a ir a las ciudades superpobladas, pone un nuevo acento en el desarrollo rural. En vez de esforzarse ciegamente por conseguir un PIB más alto, con la esperanza de que los beneficios acaben por llegar a los pobres, exige que los recursos sean canalizados directamente hacia "necesidades humanas básicas".

En vez de fomentar tecnologías ahorradoras de trabajo, el nuevo enfoque favorece la producción con mano de obra intensiva, con bajas exigencias de capital, energías y especialización. En vez de construir acerías gigantescas o fábricas urbanas a gran escala, favorece instalaciones descentralizadas y a pequeña escala diseñadas para poblaciones también pequeñas.

Volviendo al revés los argumentos de la industrialización, los defensores del desarrollo agrícola pudieron demostrar que muchas tecnologías industriales eran un desastre cuando se las transfería a un país pobre. Escaseaba la mano de obra especializada, por ello se abogó por una tecnología apropiada.

Hay mucho que decir en favor de esta nueva fórmula. Afronta la necesidad de reducir la emigración masiva a las ciudades. Tiende también a hacer más habitables las aldeas, donde vive la mayor parte de la población paupérrima del mundo. Enfatiza en el uso de recursos locales baratos en lugar de acudir a costosas importaciones. Sugiere una aproximación menos tecnocrática al desarrollo, tomando en consideración las costumbres locales y la cultura. Hace hincapié en mejorar las condiciones de los pobres, en vez de hacer pasar capital por las manos de los ricos con la esperanza de que se escurra algo.

Pero una vez reconocido todo eso, esta fórmula continúa siendo sólo eso... una estrategia para mejorar los peores aspectos de los países agrícolas, sin transformarlos. Es un remiendo, no un remedio y muchos gobiernos de todo el mundo la perciben exactamente en esos términos.

Definitivamente ninguna teoría emanada del mundo de alta tecnología, sea de tendencia capitalista o socialista, va a resolver los problemas del mundo subdesarrollado, por lo que debe surgir una nueva interpretación de nuestro atraso, libre de estas influencias que no sirven para superarlo.

Las estrategias de "desarrollo" del mañana ya no pueden esperarse que provengan de Washington, Moscú, París ni Ginebra, sino de África, Asia y América Latina. Deberán ser nativas, adecuadas a las necesidades locales. No cargarán el acento en la economía a costa de la

ecología, la cultura, la religión o la estructura familiar. No imitarán ningún modelo exterior.

Naturalmente, al lado de estas manifestaciones negativas de los años recientes, se aprecian cambios cualitativos cuyo efecto es difícil de medir, pero que tienen un sesgo positivo. El primero se refiere al proceso de democratización política y a la mayor participación popular en toda la región hispanoamericana, que está sentando las bases de sociedades más abiertas y pluralistas, capaces de adaptarse rápida y eficazmente a los cambios. Sin embargo, los recientes acontecimientos en Brasil, Haití, Perú, Venezuela y Guatemala indican que aún existen presiones en favor del autoritarismo político y que no está garantizada la permanencia de los regímenes democráticos.

En segundo lugar, ha cambiado la perspectiva sobre la política económica, pues ahora se busca un equilibrio más razonable entre las fuerzas del mercado y la intervención estatal; se trata de eliminar distorsiones en los precios relativos y evitar sesgos contrarios a la exportación, disminuir las barreras al comercio internacional y afianzar la disciplina fiscal, reformar el sistema tributario y definir prioridades para el gasto público.

Un tercer cambio cualitativo en el decenio de los ochenta es la toma de conciencia sobre la necesidad de proteger el ambiente e incorporar el factor ecológico en las estrategias de desarrollo. Aunque la preocupación es muy reciente, ya empieza a reemplazarse la negligencia y el descuido en la explotación de los recursos naturales. La deforestación, la urbanización desmesurada, la contaminación ambiental, el deterioro de las condiciones sanitarias y la depredación de los recursos marinos han logrado movilizar a la opinión pública para ejercer presión política. Cada vez se dificulta más actuar impunemente contra el ambiente.

Por último, debe mencionarse que ha cambiado la calidad del liderazgo en todos los niveles: desde organizadores vecinales, comunales y laborales, hasta ministros, ejecutivos de empresa y jefes de Estado. En algunos casos, una nueva generación ha reemplazado a los políticos, empresarios y sindicalistas tradicionales; en otros, la misma generación de líderes ha renovado sus ideas y actitudes.

Pero aún con todos estos resultados no se ha creado una nueva estrategia de desarrollo ni las tecnologías aplicadas han favorecido uniformemente a los países pobres. Mientras algunos han registrado éxitos espectaculares, otros han mostrado pocos progresos, pues esto depende de variables tales como la posición geográfica del país, su relación geopolítica con los países centrales, su infraestructura industrial y el

nivel de entrenamiento de su fuerza de trabajo.

Irónicamente, a medida que más y más países en el mundo luchan por industrializarse, la industrialización está perdiendo el papel clave que una vez tuvo como indicador definitivo del desarrollo nacional.

O sea que ya es tiempo de que pensemos diferente. Si continuamos creyendo que la sociedad del mañana será simplemente una versión ampliada del presente, no necesitamos hacer gran cosa para prepararnos para ello. Pero no es suficiente decir que los cambios a que nos enfrentaremos serán revolucionarios, porque antes de poder controlarlos se necesita una nueva forma de identificarlos y analizarlos, tal es el caso de la decadencia de la industrialización.

2. La decadencia de la industrialización

El industrialismo fue un borbotón en la historia, un mero lapso de tres siglos perdidos en la inmensidad del tiempo. Cualquier búsqueda de la causa de la revolución industrial está condenada al fracaso. La tecnología por sí sola, no es la fuerza impulsora de la historia. Ni lo son por sí mismos los valores o las ideas. Ni lo es la lucha de clases. La economía sola tampoco puede explicar éste ni ningún otro acontecimiento histórico.

De todas las fuerza que influyeron para formar la civilización industrial, pocas tuvieron consecuencias apreciables más claramente que la brecha abierta entre productor y consumidor y el desarrollo de una red de intercambio que ahora se llama "mercado". Esa invisible cuña produjo todo el sistema monetario moderno con sus bancos centrales, las bolsas de valores, su ética contractual, el comercio mundial y los planificadores burocráticos. De este divorcio entre productor y consumidor surgieron muchas de las presiones hacia la uniformización, la especialización, la sincronización y la centralización.

Al extenderse la producción fabril, el elevado costo de la maquinaria y la estrecha interdependencia del trabajo exigían una sincronización muy refinada. Si un grupo de trabajadores de una sección se demoraba en la terminación de una tarea, otros situados más adelante de la cadena de producción se retrasarán también. Así, la puntualidad, nunca tan importante en las comunidades agrícolas, se convirtió en una necesidad social. Y empezaron a proliferar los relojes de pared y de bolsillo.

No fue una coincidencia el que en las culturas industriales se enseñara a los niños desde temprana edad a tener conciencia del tiempo. Se condicionó a los alumnos a llegar a la escuela cuando sonaba la campana, a fin de que más tarde pudiera confiarse en que llegarían a la fábrica

o a la oficina cuando sonase la sirena. En todas las sociedades del industrialismo también la vida social quedó supeditada al reloj y adaptada a las exigencias de la máquina.

Los niños empezaban y terminaban el año escolar en épocas uniformes. Los hospitales despertaban simultáneamente a todos sus pacientes para el desayuno. Los sistemas de transporte se apretaban en las horas pico. Las actividades comerciales tenían sus horas y temporadas estacionales sincronizadas con las de sus proveedores y distribuidores. Las rutinas más íntimas de la vida quedaron sincronizadas en el ritmo industrial. En Estados Unidos y la URSS, en Singapur y Suecia, en Francia y en Dinamarca, Alemania y Japón, las familias se levantaban simultáneamente, comían a las mismas horas, salían al trabajo, trabajaban, regresaban a casa, se acostaban, dormían e incluso hacían el amor más o menos al unísono, al paso que la civilización entera aplicaba el principio de la sincronización.

La civilización del industrialismo no se limitó a alterar la naturaleza y la cultura; alteró también la personalidad, ayudando a producir un carácter social nuevo, pues sustituyó el canto del gallo por el silbato de la fábrica; el chirrido de los grillos por el rechinar de las llantas, iluminó la noche, ampliando las horas de vigilia. Trajo imágenes visuales que ningún ojo había visto hasta entonces: la tierra fotografiada desde el cielo, o montajes surrealistas en la sala de cine local, o formas biológicas reveladas por potentes microscopios. El aroma de la tierra durante la noche dejó paso al olor a gasolina y al hedor de fenoles. Los sabores de la carne y las verduras se alteraron artificialmente. Todo el paisaje perceptual se transformó.

También se halla presente un lado más oscuro. Si bien la industrialización mejoró mucho las condiciones de vida, también provocó violentas consecuencias, sobre todo el irreparable daño causado a la frágil biósfera de la tierra. Debido a su tendencia contra la naturaleza, a su población en constante aumento, a su tecnología feroz y a su incesante necesidad de expansión, provocó una mayor catástrofe ambiental que ninguna Era precedente.

Hasta ahora ninguna civilización había creado los medios para destruir no una ciudad, sino al planeta entero. Jamás los océanos se enfrentaron a la toxificación; especies enteras desaparecieron de la Tierra como resultado de la avaricia humana; jamás las minas llenaron tan salvajemente de cicatrices la superficie de la tierra; jamás los aerosoles mermaron la capa de ozono, ni la termopolución amenazó el clima del Planeta.

Similar, pero aún más compleja, ha sido la influencia del colonialis-

mo. El sometimiento a esclavitud de los indios para trabajar en las minas suramericanas, la introducción del sistema de plantaciones en grandes áreas de Asia y África, la extorsión deliberada de las economías dominantes para acomodarlas a la necesidad y voracidad de las naciones industriales, todo ello dejó una estela de sufrimientos, hambre, enfermedad, desculturización y racismo, cuyas heridas aún no sanan.

La revolución industrial creó un sistema social maravillosamente integrado, con sus propias instituciones sociales y sus propios canales de información, todos ensamblados entre sí. Pero a otro nivel creó una forma de vida llena de distensión económica, conflicto social y malestar psicológico.

Y todo esto se desarrolló en torno a la que ahora conocemos como "el mercado".

Hasta la revolución industrial, la gran mayoría de todos los alimentos, bienes y servicios eran consumidos por sus propios productores, sus familias o una pequeña élite, que recogía los excedentes para su propio uso. Existía el comercio, desde luego. Un pequeño número de intrépidos mercaderes transportaban mercancías a lo largo de miles de kilómetros por medio de camellos, carretas o barcos. Sin embargo, todo este comercio representaba proporciones mínimas comparado con la producción para el uso inmediato por el esclavo o siervo agrícola.

El industrialismo modificó violentamente esta situación. En lugar de personas y comunidades esencialmente autosuficientes, creó el mercado, y por tanto una civilización en la que casi nadie es autosuficiente y donde casi todos los bienes y servicios se destinan a la venta o intercambio.

A partir del surgimiento del mercado, la sociedad fue absorbida en el sistema del dinero. Los valores comerciales se convirtieron en predominantes y el desarrollo económico se transformó en el objetivo fundamental de los gobiernos, fuesen capitalistas o socialistas.

La industrialización dio nacimiento a los primeros mercados verdaderamente nacionales y al concepto mismo de economía nacional. Junto con ello llegó el desarrollo de instrumentos para la dirección económica tales como la planificación central en las naciones socialistas, y los bancos centrales y políticas monetarias y fiscales en los países capitalistas, instrumentos que en la actualidad, se están revelando ineficaces, para desconcierto de economistas y políticos que tratan de dirigir el sistema. Surgieron también poderosos consorcios transnacionales que dominan no sólo los mercados internos, sino también los exteriores.

La nueva economía global se ve así, dominada por las grandes cor-

poraciones transnacionales. Está mantenida por una ramificada industria bancaria y financiera que opera a velocidades electrónicas. Engendra dinero y crédito que ninguna nación puede regular. Avanza hacia monedas transnacionales, no a una moneda "mundial" sino a una variedad de monedas, cada una de ellas basada en una "canasta" de divisas nacionales. Esta economía está averiada por la deuda externa de los países no desarrollados de una magnitud inimaginable. Es una economía mixta, con empresas capitalistas y empresas estatales realizando operaciones conjuntas y trabajando codo a codo. Y su ideología no es "laissez faire" ni marxismo, sino globalismo, mostrando así que el nacionalismo ha quedado anticuado.

El globalismo se presenta como algo más que una ideología servidora de los intereses de un grupo limitado. Exactamente del mismo modo que el nacionalismo pretendía hablar en nombre de la nación entera, el globalismo pretende hablar en nombre del mundo entero y surge en el preciso momento histórico en que muchos países pobres luchan desesperadamente por establecer una identidad nacional, porque la nacionalidad era necesaria en el pasado para lograr la industrialización. Pensando más allá del industrialismo, los países ricos, contrariamente, están reduciendo, desplazando o anulando el papel de la nación.

El problema es que ante estos avances, nuestras estructuras políticas están hoy más deterioradas aún más de lo que lo estaban en la década de los setenta. Si esto es así, debemos presumir que los gobiernos serán menos competentes y menos sagaces que antes, al enfrentarse a las crisis venideras de los años noventa.

Y si lo único por lo que tuviéramos que preocuparnos fuese por elegir al "mejor" dirigente, los problemas podrían resolverse dentro del entramado del actual sistema político. Pero en realidad, el problema es mucho más profundo. En esencia, los dirigentes —incluso los mejores— resultan inválidos porque se han quedado anticuadas las instituciones a cuyo través deben actuar.

Vale la pena comentar la decadencia de los sistemas políticos vigentes. En primer lugar, nuestras estructuras políticas y gubernamentales fueron diseñadas en una época en que la nación-Estado estaba naciendo todavía y cada gobierno podía tomar decisiones más o menos independientes. Hoy ésto ya no es posible, aunque conservemos el mito de la soberanía.

También nuestras instituciones políticas reflejan una anticuada organización ejecutiva. El gobierno tiene ministerios, direcciones y departamentos consagrados a campos concretos tales como la economía, la

agricultura, los asuntos exteriores, la defensa, el comercio, el correo, el transporte. La Asamblea Legislativa tiene, similarmente, comisiones destinadas a estos campos. Pero ni el gobierno más autoritario ha podido resolver el problema de interrelación, o sea cómo integrar las actividades de todas estas unidades para que puedan producir programas coherentes, en lugar de una confusa mezcla de efectos contradictorios y mutuamente anuladores.

Los gobiernos y las instituciones parlamentarias de la era industrial fueron diseñados para tomar decisiones con un ritmo sosegado, adecuado a un mundo en el que un mensaje podía tardar una semana de San Salvador a La Unión. Hoy si un terrorista toma rehenes en el Líbano, funcionarios de Washington, Moscú, París o Londres pueden verse obligados a responder con decisiones en cuestión de minutos.

Las comunicaciones instantáneas han dilatado el tiempo de tal manera que una gestión presidencial de cinco años de duración en la actualidad, se enfrenta a más acontecimientos, más dificultades y conflictos, que cualquier otra en un período de 5 años en el pasado.

La aceleración del cambio ha rebasado la capacidad decisoria de nuestras instituciones, tornando anticuadas las estructuras políticas actuales, con independencia de toda ideología de partido.

Los sistemas políticos vigentes están copiados de modelos inventados antes de la aparición del sistema fabril, o sea antes de la refrigeración, de la luz de energía hidráulica, de la máquina de escribir, antes de la invención del teléfono, antes que volara Wilbur Wright, antes que el automóvil y el avión cortaran distancias, antes que la radio y la televisión empezaran a forjar su alquimia en nuestras mentes, antes de los proyectiles nucleares, antes de las computadoras, las fotocopiadoras, las píldoras anticonceptivas, los transistores y el rayo láser. Fueron creados en un mundo intelectual y científico casi inimaginable.

A medida que vamos siendo sacudidos por una crisis tras otra, sentiremos más la necesidad de resolver los problemas prescindiendo no sólo de nuestros anticuados artilugios. Al entrar en la era del futuro, aunque queramos ampliar la libertad humana no podremos hacerlo con sólo defender las instituciones existentes. Debemos inventar otras, tal como hicieron hace dos siglos los fundadores de América.

Leyes e instituciones deben ir de la mano con el progreso de la mente humana. A medida que haya nuevos descubrimientos, surjan nuevas verdades y argumentos, las instituciones deben avanzar y mantener el ritmo de los tiempos.

Tal como dice Alvin Toffler en su obra "La Tercera Ola", unas genera-

ciones nacen para crear, otras para mantener una civilización. Las generaciones que desencadenaron el industrialismo como ola de cambio histórico se vieron obligadas, por la fuerza de las circunstancias, a ser creadoras. Los Montesquieu, Mill, Madison, Juárez y Bolívar inventaron la mayor parte de las formas políticas que todavía aceptamos como naturales.

Por eso debiéramos estar apresurados para enfrentar la necesidad de crear esas nuevas formas. El problema es que en ninguna parte está la obsolescencia más avanzada que en nuestra vida política, y en correspondencia, es en este terreno donde se encuentra menos ingenio, menos capacidad y menos disposición a considerar un cambio fundamental. Los políticos raramente ven más allá de las próximas elecciones.

Para avanzar debemos desencadenar el más amplio debate público, a través de conferencias televisadas, discusiones, convenciones, para generar el más amplio despegue de propuestas ingeniosas dirigidas a la reestructuración política.

Si empezamos ahora con nuestros hijos, podemos tomar parte en la reconstrucción, no sólo de nuestras anticuadas estructuras políticas, sino también de la civilización misma.

Al usar cualquier elemento que se elija para evaluar el presente que se va desvaneciendo, es vital comprender que el juego industrial ha terminado, su impulso se ha disipado y su fuerza va menguando a medida que empieza una nueva "ola", metáfora que emplea A. Toffler para simbolizar la decadencia del industrialismo y el nacimiento de una nueva civilización, la cual se visualiza a través de los cambios que estamos viviendo. Cambios que no son independientes entre sí, que no son fruto del azar. La quiebra de la familia nuclear, por ejemplo, la crisis mundial de la energía, la caída del socialismo, la proliferación de cultos o religiones y de la televisión por cable, el incremento del horario laboral flexible y la aparición de movimientos separatistas, no son acontecimientos aislados, son parte de un fenómeno mucho más amplio: la muerte del industrialismo y presentan la imagen de la nueva civilización que está haciendo irrupción entre nosotros.

Es tan profundamente revolucionaria esta nueva civilización, que constituye un reto a todo lo que hasta ahora ha sido aceptado sin mayor discusión. Las viejas formas de pensar, las viejas fórmulas, dogmas e ideologías, por útiles que hayan sido en el pasado, no se adecúan ya a los hechos. El mundo que está emergiendo rápidamente del choque de nuevos valores y tecnologías, nuevas relaciones geo-políticas, nuevos

estilos de vida y formas de comunicación, exige ideas, categorías y conceptos completamente nuevos. No podemos encerrar el mundo embrionario de mañana en los cubículos convencionales del ayer.

Dos cambios hacen que ya no sea posible la continuación "normal" de la Era Industrial. En primer lugar, hemos llegado a un punto de inflexión en la guerra contra la naturaleza. La biósfera, simplemente, no tolerará por más tiempo el ataque industrial. En segundo lugar, no puede seguirse confiando en energía no renovable y barata, principal subvención hasta ahora del desarrollo industrial.

Estos hechos, claro, no significan el fin de la sociedad tecnológica ni el fin de la energía. Pero sí significan que todo avance tecnológico futuro se verá condicionado por nuevas limitaciones ambientales. Indican también que hasta que encuentren nuevas fuentes, las naciones industriales sufrirán violentos síntomas de retracción, mientras la lucha por descubrir nuevas formas de energía acelerará por sí sola la transformación política y social.

Simultáneamente está desapareciendo esa otra subvención oculta que son las materias primas baratas, como producto del fin del colonialismo.

El costo creciente sin cesar de los combustibles actúa en contra de los intereses de la industrialización. O sea, el hecho de que los procesos de producción necesitan grandes aportes de energía para producir aumentos relativamente pequeños de nueva energía "neta", actúa contra el sistema. En fin, aunque los reactores nucleares, la gasificación del carbón, las plantas de licuefacción y otras tecnologías semejantes puedan parecer futuristas, en realidad son frutos de un pasado de una era de la industrialización atrapada en sus propias y fatales contradicciones.

El objetivo debiera ser cambiar a un sistema más "metabólico" que elimine el despilfarro y la contaminación asegurando que el producto y el subproducto de cada industria se convierta en materia prima para la siguiente. Tal sistema no sólo será más eficiente, sino que, además, reducirá al mínimo todo daño a la biósfera.

El cambio hacia una nueva Era apunta hacia una mayor diversidad, no hacia mayor uniformización de la vida. Y esto implica a ideas, convicciones políticas, proclividades sexuales métodos educativos, concepciones religiosas, actitudes étnicas, gustos musicales, modas y formas familiares.

Los cambios son globales y afectan a numerosos países. Y son revolucionarios no en sentido político, sino en el sentido de que implican una transformación de gran amplitud.

La nueva industria va desde la electrónica, el láser, la óptica, las comunicaciones y la informática, hasta la genética, la energía alternativa, la ciencia oceánica y espacial, la ingeniería ecológica y la agricultura de ecosistemas, todo ello reflejando el saldo cualitativo en el conocimiento humano que en la actualidad se traslada a la economía de cada día.

Las antiguas herramientas de la política económica nacional, al igual que los impuestos o las regulaciones bancarias centrales para el flujo monetario, junto con la planificación central, son instrumentos burdos concebidos para una economía orientada hacia la producción masiva de bienes. Y fueron previstas para una economía de base nacional, no para un esquema en que las economías transnacionales o regionales han alcanzado más peso que la economía interna.

Por eso es que los términos "derecha" e "izquierda" son reliquias del auge industrial que ahora ha pasado a la historia. "Derecha" e "izquierda" tienen que ver con la forma como se dividieron la riqueza y el poder dentro del sistema industrial, pero hoy en día la lucha entre los mismos es algo parecido a una riña sobre el vaivén de un barco que se hunde.

La sociedad se está apartando de la era industrial tan rápidamente, que nuestras tradicionales etiquetas políticas se han convertido en algo pasado de moda y equívoco, al igual que las categorías económicas.

Ya la crisis no es del sistema capitalista, como lo predijo Marx, pues el mundo está inmerso en una crisis ideológica. Después de examinar las nociones capitalistas de libre mercado o al marxismo tal como lo hemos conocido, o al liberalismo y al estatismo de asistencia social o las teorías tradicionales del desarrollo del llamado Tercer Mundo, todos estos planteamientos parecen cada vez menos relevantes a medida que los acontecimientos hacen tambalear las formulaciones teóricas vigentes. Esta ruptura ideológica es necesario aceptarla, en preparación para la emergencia de otras ideologías del futuro con mayor alcance y consistencia.

El capitalismo y el socialismo, tal como los conocemos, contienen cada uno fatales contradicciones. La oleada de cambios está convirtiéndolos a ambos en anticuados, pues son dos productos de la revolución industrial.

Nuestros hijos y nietos, tal vez algún día verán a la gran contienda mundial entre el capitalismo y socialismo con cierto aire divertido y condescendiente, así como ahora se consideran las batallas que tuvieron lugar entre güelfos y gibelinos, que durante los siglos XIII y XIX asolaron Italia, pero en el siglo XV, ya habían sido olvidadas. A duras penas

puede alguien recordar sobre la causa de esas guerras. En forma semejante, la tensión entre el capitalismo y el socialismo es producto de la era industrial. Como ésta va acabando, también se desvanece esa división de los sistemas.

3. La esperanza en el futuro

3. A. Una nueva oportunidad para el movimiento Integracionista

¿Qué papel pueden jugar nuestros países en este nuevo proceso postindustrial? La historia de Hispanoamérica está llena de sueños, utopías, grandes propósitos y enormes descalabros. Los anhelos de unidad y de progreso conjunto han tropezado con infinidad de obstáculos, a veces los mismos, que han sido concebidos a la par de los propósitos.

En 1823 Simón Bolívar en su calidad de Libertador Presidente de Colombia firmó con el gobierno provisional de México un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua que básicamente pretendía erigir una alianza defensiva contra cualquier amenaza interna o externa a la independencia recién conquistada.

El 7 de diciembre de 1824 Bolívar convocó desde Lima a las naciones apenas liberadas del dominio español a una reunión continental. Dos años después se celebró en Panamá el Congreso de Antiochía, que según el Libertador constituiría el primer paso para instaurar un mecanismo de defensa de la integridad y soberanía de los países hispanoamericanos amenazados por las potencias europeas y el expansionismo estadounidense, ya entonces sustentado en la ideología de la Doctrina Monroe. Bolívar denunció antes que ningún otro gobernante de América, la presencia expansionista y hegemónica del coloso del norte al proclamar: "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad".

La Antiochía Americana arrojó resultados pobrísimos aunque en Panamá se firmó el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua. Cabe señalar que el Tratado debía confirmarse en Tacubaya, México, en un plazo de 8 meses, pero éste nunca se llevó a cabo. Los subsecuentes intentos del Libertador para cristalizar la aspiración de una América unida también fracasaron. El deseo de Bolívar de conservar en la independencia la cohesión que Hispanoamérica había tenido en la colonia no fue posible. En lugar de una gran república americana y de una unidad que hubiera podido favorecer un tránsito temprano a la modernización y el desarrollo, el continente se fragmentó aún más y se hizo presa de un nuevo coloniaje, como lo anticipara Bolívar.

Los afanes de unidad han formado parte esencial del pensamiento de gigantes como San Martín, Juárez y José Martí, quienes con su legado han mantenido vivo hasta hoy el ideal bolivariano. Hispanoamérica sufre en la actualidad una severa crisis identificada con el estancamiento, la inflación y el sobreendeudamiento que han profundizado la pobreza en toda la región; la concentración de la riqueza y la desigualdad social se muestran con grosera evidencia; el desempleo abierto se ha acrecentado y la economía subterránea y el mercado informal —reducto del subempleo— aglutina a amplios estratos de la población del área. La violencia y el deterioro social consecuente de la crisis, también han propiciado el florecimiento de actividades ilícitas. Los efectos distorsionadores de los narcodólares son notables en Bolivia, Perú y Colombia y últimamente en Centroamérica.

La profundidad de la crisis derribó viejos paradigmas desarrollistas y dio paso a la búsqueda de nuevos caminos para salir de la frustración. Ello condujo a la revitalización de los anhelos de la unidad regional, inspirada en la necesidad de sobrevivir en un mundo pleno de cambios, donde poderosos bloques económicos, comerciales y financieros, están configurando el mapa económico y político internacional de la nueva centuria. Los dirigentes latinoamericanos saben que esas transformaciones sólo podrán encararse mediante la acción conjunta.

Es en este marco donde se inscriben los recientes acuerdos y negociaciones bilaterales y subregionales emprendidos en el continente en los últimos años. Ahí se encuadra el encuentro de Guadalajara en julio de 1991, donde se congregaron 23 jefes de Estado americanos, para buscar nuevos caminos de cooperación efectiva y conducir a las naciones a una participación más activa en la nueva conformación internacional.

El llamado proceso de globalización de la economía mundial implica consideraciones económicas y comerciales y de aspectos vinculados a la geografía política del orbe. Así, la globalización ha llevado consigo el replanteamiento no sólo del concepto de fronteras, sino también de la identidad nacional y la soberanía.

Como se comentó, la experiencia latinoamericana en materia de integración no es reciente. Empero, los resultados de esos intentos se han quedado muy rezagados con respecto a los propósitos que animaron el esfuerzo conjunto. A fines de los setenta los modelos de integración en la región mostraron una tendencia hacia el estancamiento y la declinación del intercambio, comportamiento que se profundizó en el descenso de los ochenta.

En términos generales las causas de ese comportamiento, que crearon un sentimiento de frustración y escepticismo se atañen tanto a factores económicos como políticos. Con respecto a estos últimos, se considera que la ausencia de un entorno democrático y la inestabilidad política y social de los últimos 30 años obstruyeron la firma de convenios duraderos, provocando la ausencia de proyectos políticos de apoyo a la integración y cooperación, y justificaron frecuentes modificaciones de las estrategias económicas que lejos de erigir una política común, agravaron los desacuerdos y dieron paso a la desintegración comercial. Las discrepancias políticas y los diferendos territoriales de algunos países también motivaron que el esfuerzo común fracasara.

En el ámbito económico, las dificultades de los procesos de integración se derivaron de la falta de voluntad política para armonizar las políticas económicas; de la débil estructura industrial, la similitud y escasa diversificación de sus bienes exportables; del excesivo proteccionismo que hacía ineficaz cualquier acuerdo que implicara un intercambio fluido; de la sujeción de los precios de sus productos a factores exógenos con la consecuente vulnerabilidad de sus sectores externos, y de la falta de financiamiento y mecanismos de aplicación.

Los países latinoamericanos saben que de no emprender políticas económicas orientadas a retomar el camino del crecimiento con equidad, se dirigirán al siglo XXI sin haberse liberado del atraso y la miseria. Afortunadamente los gobernantes centroamericanos son conscientes de su situación y han mostrado gran interés en revitalizar el movimiento integracionista. Los avances que logre cada uno de nuestros países, la fortaleza y congruencia macroeconómica de sus estrategias de apertura económica y la viabilidad real de la alianza con las naciones poderosas, determinarán el lugar y las tareas de nuestras economías en el mercado multipolar de la nueva centuria.

No más utopías, no más sueños. Con sus imperiosas y añejas necesidades en el futuro postindustrial, Centroamérica no puede ya esperar que las buenas intenciones derroten a la historia. En los últimos años la miseria y la insalubridad han alcanzado a miles de seres humanos en nuestra región. El contenido de los acuerdos y el sentido de las negociaciones para establecer convenios, no deben perder de vista que de lo que se trata es de obtener beneficios hacia un desarrollo que se extienda a todos los rincones de la región.

La historia enseña con crudeza, que la voluntad política no basta, sino que es preciso convertirla en poder político real. Esa es la decisión histórica que está pendiente de tomar por nuestros gobernantes.

3.B. Perspectivas políticas y económicas

En los dos últimos años, el mundo se ha transformado aceleradamente, provocando cambios en casi todas las alianzas políticas; así, la unión de las dos Alemanias, el surgimiento del Mercado Común Norteamericano, la ruptura del Pacto de Varsovia, y sobre todo el sorprendente viraje de la Unión Soviética, identifican que la línea actual predominante es el cambio no obstante, aún no se configura la cara de la nueva situación mundial.

Actualmente todas las fuerzas políticas y sociales despliegan esfuerzos dirigidos a conseguir posiciones ventajosas en la disputa por consolidar nuevas zonas económicas y políticas. Los pactos y bloques anteriores están cediendo terreno a otros espacios de concertación; por eso estadounidenses y soviéticos están ahora más cerca que antes.

Las naciones del Tercer Mundo también están evolucionando y se reacomodan a las nuevas ondas por medio de iniciativas propias o con el respaldo de programas de ajuste estructural. El respaldo internacional para los movimientos democráticos ha sido formidable, aunque todavía subsistan los problemas económicos y sociales que tradicionalmente han sufrido los países subdesarrollados.

¿Qué hacer en un país pobre como es El Salvador, mientras se consume la decadencia de un sistema dentro del cual nunca pudimos alcanzar beneficios para las grandes mayorías?

Al aceptar el surgimiento de un nuevo sistema de vida, debe reflexionarse que sus beneficios no los va a gozar la generación actual, aunque sí los disfruten a lo mejor desde nuestros nielos en adelante.

Pero en esta fase de post-guerra deben proponerse acciones concretas para enfrentarnos en el plazo inmediato y en el mediano plazo a las deficiencias existentes en el país.

El diagnóstico neoliberal elaborado en términos tecnocráticos afirma que una de las causas inmediatas de la crisis de países como el nuestro, se encuentra en la crisis internacional de los años ochenta combinada con la caída de los precios de las exportaciones y de alzas agudas en las tasas de interés que provocó déficits cuantiosos en las cuentas externas y aumentos en la deuda externa. El deterioro se manifestó en la fuga de capitales, el elevado desempleo y subempleo, brotes inflacionarios y sobre todo en la mala distribución del ingreso.

En este ámbito se sostiene que la clave del ajuste con crecimiento radica en encontrar el manejo equilibrado de los instrumentos de política monetaria, crediticia, cambiaria y fiscal que para un nivel dado de finan-

ciamiento externo, logren cumplir con los objetivos de estabilización y apoyen los cambios estructurales con menos costos en términos de crecimiento en el corto plazo.

Pero, naturalmente, el enfoque neoliberal no es el único factible de aplicar. Otras corrientes como la neoestructuralista afirman que los problemas económicos principales y la condición de subdesarrollo de nuestros países no se deben tanto a distorsiones inducidas por la política económica, sino que predominan las de carácter histórico y de índole endógeno y estructural.

Este enfoque utiliza como muestra palpable de esta realidad tres características que identifican a economías como la nuestra: a) la vigencia de una dependencia externa que dada la organización del comercio y el sistema financiero internacional, conduce a una especialización empobrecedora; b) el predominio de un aparato productivo incapaz de absorber eficientemente el aumento de la fuerza de trabajo, y c) la persistencia de una distribución del ingreso muy concentrada, que evidencia la incapacidad del sistema para reducir la pobreza.

Cualquiera que sea el fundamento teórico del diagnóstico, debe concluirse en que en el corto plazo la estrategia a emplear en El Salvador para enfrentar nuestros problemas no debe ser doctrinaria sino eminentemente realista.

En forma concreta, la dirigencia económica del país debería hacer esfuerzos por lo menos en cuatro áreas para mantener estabilidad y crecimiento: a) disciplina fiscal; b) administración más eficiente de las empresas públicas; c) expansión de las exportaciones, y d) evitar distorsión de precios.

Muchos de nuestros problemas como son el déficit en la balanza de pagos, inflación, distorsión de precios, controles administrativos e insuficiente inversión, tienen su origen en un desbalance fiscal. La restauración de la disciplina fiscal es una condición necesaria para el crecimiento. En vista de que se mantiene la inflación, la estabilización monetaria puede ser una precondition para recobrar las rentas públicas y por lo tanto para la reconstrucción de las finanzas estatales; pero la estabilización monetaria no será posible sostenerla a menos que se restaure la disciplina fiscal.

La producción de infraestructura y de bienes y servicios por parte de las empresas públicas representa una alta proporción de la producción nacional y su administración y finanzas tienen grandes efectos en las finanzas públicas y crédito en general. Lamentablemente, con frecuencia su administración ha mostrado debilidades debido a manejo político o

insuficiente autonomía operacional y en consecuencia su situación financiera es débil, puesto que su administración fue empleada como vehículo para consumo o subsidiación, como fuente de empleo o medio de corrupción.

La expansión de las exportaciones en manufacturas actualmente lideriza el enfoque universal. Las economías de escala proveen mayor magnitud de mercado de venta, mayores posibilidades de expansión de la producción, a costos menores, aumentando así la ocupación, ingreso y márgenes de beneficio. Más aún, el aumento en las ganancias de las exportaciones ayudará a aliviar las restricciones externas en el crecimiento, tema crítico en la mayoría de los países en desarrollo.

Actualmente se insiste mucho en la mejora de los precios de los productos agrícolas. Las necesidades de proveer incentivos de precios más atractivos es notoria, lo cual serviría para aumentar la producción nacional, especialmente la de los alimentos.

Un objetivo irrenunciable dentro de estas acciones de política económica es la consecución de equidad y justicia social en un marco de profundización democrática. Aún con la influencia de la crisis, el mayor énfasis ha de ponerse en los problemas de la extrema pobreza y en las medidas para aliviarla, sin perjuicio de que con el crecimiento obtenido hasta 1993, puedan introducirse cambios fundamentales en el mediano y largo plazo en materia de equidad, asociados con la superación de la heterogeneidad de la estructura productiva.

La crisis actual brinda una oportunidad para probar nuestras capacidades y a la vez para confirmar si efectivamente comprendemos con claridad sus causas y consecuencias. Por la crisis también es pertinente que modifiquemos nuestros pensamientos y criterios, pues la necesidad del reajuste político-económico no reconoce ideologías ni fanatismos. Reconoce realidades y se mide por resultados. Por eso nuestra participación en este proceso es impostergable.

Las organizaciones de izquierda jugarán un papel preponderante en el futuro de El Salvador, pues ante los profundos cambios de Europa del Este y la Unión Soviética, puede esperarse que si al menos una parte de la izquierda se adapta a la nueva situación, dichos cambios son capaces de producir un efecto muy favorable para muchos años.

En la práctica, tanto la izquierda como la derecha de hoy —si es que cabe esta clasificación—, deben actuar dentro del marco de la realidad salvadoreña. La idea misma de la revolución en que durante decenas de años se concentró la izquierda radical, ha perdido sentido. Además de eso, después de las elecciones de 1990 en Nicaragua vemos que la

revolución puede ser reversible y no sólo mediante la fuerza como ocurrió en Guatemala en 1954, Brasil en 1964, Chile en 1973 y Granada en 1983, sino que puede ser frenada de manera pacífica, con el consentimiento o el apoyo de aquellos para quienes este proceso fue destinado originalmente, según la experiencia rusa y nicaragüense.

Para los partidos de izquierda y de centroizquierda, así como para el electorado y la intelectualidad, el colapso del mundo socialista dista de ser una catástrofe o experiencia deprimente; debe tomarse en la misma forma que para los países del Este, donde significó un resultado deseable y no un retroceso.

La izquierda podría ser capaz de triunfar y recibir su chance en el gobierno o desenmascarse a sí misma como incompetente y obsoleta. Más, será juzgada, por lo menos, según sus propios méritos y no tras el prisma de la sombra anticomunista y antisoviética, como se le juzgó tradicionalmente.

Este fenómeno facilitará la concertación entre todas las fuerzas políticas para lograr un consenso en aceptar que las distorsiones estructurales de El Salvador constituyen la raíz principal de los problemas económicos y, que en gran medida, explican la permanencia de la condición de subdesarrollo en que vivimos, sin perjuicio de reconocer también que de ahí se han derivado fallas y errores de política económica.

Seamos optimistas. Saquémosle provecho a la dura experiencia vivida estos últimos 15 años y que nos sirvan de estímulo para todos aquellos que pensamos y seguiremos pensando como Simón Bolívar, Benito Juárez y José Martí, que la América Latina sólo tiene un camino: su propio camino.

Muchas Gracias